

ÁNGEL DÍAZ URRUTIA, *Cruzados de novela: las novelas de la guerra cristera*. España: Eunsa, 2002, 246 pp. (Anejos de *RILCE*, *Revista de Filología Hispánica*. Universidad de Navarra, 41).

Bien definidos desde la introducción, cabe destacar varios de los propósitos con los cuales sobradamente cumple este libro. En primera instancia se trata de una investigación filológica bastante meritoria en cuanto a la “recuperación” de materiales dispersos en diversas bibliotecas, así como a la revisión exhaustiva de éstos y de la bibliografía referente al tema. Como segundo punto el autor delimita con exactitud el objeto de su estudio: “Abordar el análisis del conjunto de novelas que presentan como núcleo temático fundamental la guerra cristera” (11). Objetivo por demás cumplido, ya que, reitero, la recopilación y clasificación de esta narrativa es completa y rigurosa.

Otro de los aspectos a subrayar es la acertada reflexión sobre los cruces y encuentros entre realidad y ficción, historia y literatura, deslinde con que se inicia la primera parte, en que, además se revisan los antecedentes históricos (que no literarios) de donde parte esta novelística. Si bien situar el contexto histórico-social deviene factor fundamental para entender las producciones literarias en cuestión, me parece que se abusa de éste en un intento por arrojar luz, desde la historia, sobre las novelas de la guerra cristera; es decir que, sin pretender arrogarse el papel de paladín defensor de la autonomía de la obra artística, el “resumen” de los hechos que dieron origen a esta producción literaria, se antoja demasiado extenso (85 páginas en total); de manera tal que parecería que la importancia de estudiar este capítulo de la literatura mexicana procede de la trascendencia de los hechos narrados y no de la obra en sí misma.

La segunda parte comienza con una necesaria diferenciación entre las novelas anti-cristeras, pro-cristeras y aquellas situadas en un terreno “más o menos neutral”, lo cual denota ya una cierta distinción crítica, puesto que se señala la disparidad del *corpus* del cual se especifica: “la diversa importancia que se debe adjudicar a algunas de estas obras que, bien sea por su carácter ideológico y fundador [...], bien por su calidad literaria [...], destacan por encima del resto” (p. 94). Se procede de inmediato a enumerar los rasgos, acontecimientos y “pretensiones” comunes a todas estas narraciones (linealidad, carácter episódico y testimonial, búsqueda de verosimilitud, etcétera). En este sentido, cabe preguntarse si dicha caracterización es privativa sólo de esta corriente y cuánto aporta a la interpretación del hecho literario.

Un tanto esquemático, sin embargo muy ilustrativo, es el apartado introductorio al análisis narratológico (primer apartado de esta segunda

parte), en donde encontramos otro de los fundamentos de la investigación: insertar al *corpus* dentro de una tradición más amplia.

En efecto, la novela de la guerra cristera se relaciona con aquello que marca los mismos orígenes de la literatura hispanoamericana y constituye una nota constante en su evolución a lo largo del tiempo: esa referencia a lo histórico, la necesidad de fijar e interpretar lo acontecido, la búsqueda —desde la memoria— de las claves para entenderse, para explicar el presente confuso, también para denunciar los males atávicos, la injusticia secular, la falsedad de otras historias (p. 120).

Tras esta introducción podemos apreciar lo que constituye la parte medular del trabajo y uno de sus principales aciertos. No me refiero al análisis narratológico, correcto y puntual, sino a la atinada visión con que Díaz Urrutia, ahora sí desde el punto de vista literario, confronta, cuestiona y pone a dialogar entre sí al *corpus*. De tal enfrentamiento el lector obtiene un juicio más amplio, menos subjetivo y, ante todo, crítico, respecto a las novelas y también al conflicto cristero. Detener el análisis en particular en algunas obras, aunque se refiera con insistencia a los otros materiales del *corpus*, advierte asimismo la conciencia clara y lógica con que el autor distingue las obras con “la calidad literaria” a la que se hizo mención.

Varios aspectos más, como el imaginario en torno a la cristiada (y de sus expresiones artísticas), las posiciones ideológicas, la influencia de la novela de la Revolución y la corriente nacionalista, etcétera, se esclarecen y profundizan en este apartado. Entendemos que, debido al gran número de novelas con tema cristero, no se haya explorado, o mejor dicho, no se hayan interpretado cuestiones que sólo se mencionan someramente y cuyo análisis hubiera enriquecido sin duda la investigación. Inquietudes como ¿por qué las novelas pro-cristeras se desarrollan con preferencia dentro del ambiente urbano? se había mencionado antes la poca repercusión que la cristiada tuvo en la ciudad, entonces ¿qué sugiere tal contradicción?; o también ¿cómo fue, si es que la hubo, la recepción de estas novelas en aquel tiempo?, quedan en el aire.

Otro asunto al que vale la pena aludir es el diálogo continuo con G. Thiebaut, cuyo libro *Espacios e ideología en las novelas de tema cristero en México*, merecía esta fructífera discusión que “completa” e incluso propone nuevas conclusiones a las ya anotadas por el estudioso francés.

Por último restaría detenerse en ciertos “reparos” que podrían asaltar al lector. Si bien es cierto que, como también anota Díaz Urrutia, al respecto de esta narrativa existía “un vacío crítico” que su libro intenta llenar, valdría la pena preguntarse si tal vacío se debe a un lamentable descuido o al hecho de que muchas de estas novelas cayeron en el olvido por su carencia

de valor literario. Me explico, el autor expone como una razón fundamental de su interés por este grupo de novelas su carácter de documentos históricos, a lo cual se puede objetar la intrínseca subjetividad de esta novelística, que el propio investigador reconoce. Luego su valor como documentos históricos es, por lo menos, discutible. De igual forma —y de nuevo Díaz Urrutia lo admite— salvo contadas excepciones, la mayoría de estas historias constituyen meros testimonios, alegatos que justifiquen una toma de postura (a favor o en contra de la guerra cristera) pero que distan mucho de constituir ficciones logradas a través del empleo consciente de recursos propiamente literarios. Con todo, es el mismo investigador quien ofrece un catálogo exhaustivo para el estudioso y, al mismo tiempo, una guía de lectura para aquellos que quieran ahorrarse los a veces largos, empero siempre provechosos, caminos de la investigación.

Más allá de estas observaciones, es importante insistir en la gran labor de rescate y clasificación que realiza Díaz Urrutia, la cual, innegablemente, llena uno de los tantos huecos pendientes en la historiografía de la literatura mexicana.

RAQUEL MOSQUEDA RIVERA
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM